

## LAS CONFERENCIAS DE PAZ Y LAS PROBABILIDADES DE GUERRA

Lo que pasa en la capital de la República—porque el alma hervorosa y magnánima de los Estados no se resuelve a la aceptación del ultraje de Veracruz—es verdaderamente singular y nos induce a pensamientos sombríos acerca de nuestras aptitudes morales para defender el honor de la Patria.

Cuando se supo que los invasores acababan de tomar el puerto glorioso y que su bandera ondeaba en las astas de donde había sido arriada la nuestra, una fiebre de heroísmo, que pareció claramente la voluntad de sacrificio de todo un pueblo, se tradujo en manifestaciones que dejaron atónitos a cuantos extraños hubieron de presenciarlas.

Peró he aquí que en los momentos de ese fervor patriótico, los revolucionarios que conceden derecho al enemigo de la raza para ocupar militarmente nuestras ciudades, echan a volar la especie de que los Estados Unidos no pretenden guerrear contra México, y aun llegan a afirmar que en la ciudad de las tres palmas no ha ocurrido absolutamente nada que pueda despertar inquietud en los más celosos nacionalistas.

El absurdo rumor se difunde y la ciudad le da crédito y se cruza de brazos, no sin manifestar indignación por la burla de que se cree víctima.

Sin embargo, pasan los días, se confirma la noticia del atropello y parece que va a manifestarse una reacción que encenderá de nuevo las llamas amortiguadas de la cólera en todos los pechos. Pero es entonces cuando se sabe que tres países del Sur se nos ofrecen como mediadores, que el Gobierno acepta sus buenos oficios y que hay probabilidades de que el conflicto se resuelva por medio de largas y corteses discusiones diplomáticas.

Y el pueblo de la capital siente que se le alivia de un gran peso, vuelve tranquilo y confiado a sus habituales labores, y hasta pretende olvidar que mientras se discute la paz, el enemigo es dueño y señor de nuestra más importante aduana, sojuzga a nuestros compatriotas, les impone leyes a su antojo y prepara ostensiblemente una campaña que no puede tener otro objeto que apoderarse de la capital de la República.

\* \*

Y bien, es necesario decirlo de una vez: las conferencias de paz no resolverán nada, y llegará el momento en que tengamos que ir a la guerra, si no es que optamos definitivamente por perder el honor, que quizá es lo único que nos queda. Y cuando ese momento llegue, sentiremos vergüenza de haber malgastado los días preciosos, en que debimos aprestarnos para cumplir con los altos deberes cívicos que nuestros padres del 47 y del 62 nos enseñaron a cumplir.

Que las conferencias no resolverán nada, es cosa que puede afirmarse sin tocar los lindes de la temeridad. El Presidente Wilson pedirá la caída del actual Gobierno y la instauración de uno que satisfaga sus arbitrarias pretensiones; esquivará todo lo que implique una satisfacción moral amplia y decorosa para nosotros, por el ultraje que acaba de inferirnos en Veracruz; se negará a pagar a la República los perjuicios de orden material que le ocasiona, y aun ha de pretender—pues a tanto llega la osadía de los fuertes—¡que seamos nosotros quienes paguemos al Coloso los gastos de movilización de su escuadra hacia nuestro puerto!

Y la caída del régimen que preside el General Huerta, en cuanto se efectuara bajo las amenazas de los acorazados norteamericanos, sería un baldón para el país, que la posteridad no podría borrar nunca. No discutimos si ese régimen es puro o impuro, benéfico o funesto, legal o arbitrario; decimos simplemente que cuando se trata de reivindicar los derechos nacionales, hay que reivindicarlos todos, incluso el de tener malos gobiernos, incluso el de inundar el suelo con la sangre de la guerra civil. Lo contrario es aceptar la noción de una inferioridad humillante y la justicia de cualquier invasión que, so pretexto de humanidad, quiera ocupar hoy los puertos, mañana las tierras del interior y pasado mañana el Palacio Nacional.

Lo único que podría satisfacer al país sería que el Gobierno de Washington renunciara a inmiscuirse de nuevo en nuestras contiendas y a querer purificar nuestros poderes públicos, y nos dejara en libertad absoluta para arroglar las dificultades interiores por medio de la paz o por medio de la guerra; que retirara sin

Pasa a la cuarta plana, columna primera.

## LOS COMISIONADOS DE MEXICO Y EL HONOR DE LA NACION

El pueblo tiene derecho a esperar que estos mexicanos cumplirán su deber

El Presidente de la República acordó nombrar la comisión que, por parte de México, asistirá a las conferencias de la Tríplice Alianza Latino-Americana. Para desempeñar tan delicado encargo se designó a los señores Licenciados don Emilio Rabasa, (como Presidente) don Agustín Rodríguez y don Luis Elguero, y con el carácter de Secretario, al señor don Rafael del mismo apellido.

Bastarían los solos nombres del señor Rabasa y sus compañeros como garantía de que, en estos instantes definitivos, la comisión mexicana sabrá dejar el honor de la Patria en el puesto que le corresponde.

La Nación puede sentirse satisfecha del acuerdo presidencial que pone sus intereses en manos de hombres íntegros, de juriscónsultos probos y de patriotas que tienen un concepto clarísimo de lo que significa el derecho de un pueblo.

Los momentos, sin duda, son solemnes y definitivos.

Hay cosas que no admiten medios tintas ni subterfugios de ninguna especie.

Hay manchas que no se lavan con notas corteses ni componendas más o menos indignas. El honor de los pueblos es como la mujer del César: nadie puede dudar de él. Y la nación que transige en la defensa de sus derechos inmanentes, es una Nación cuyo nombre debe borrarse de entre los pueblos libres. En estas materias no es posible hacer concesiones sin mancillar para siempre las blancas vestiduras de la Patria. Los términos medios significan oprobio. Existe, pues, un deber indeclinable: dejar el honor patrio a salvo de sospechas. Y hay que decirlo claro de una vez por todas: todo lo que no sea cumplir con este sagrado mandato, debe traducirse no por debilidad, no por cobardía, sino por algo que sólo se lava con sangre: por traición.

Traición al deber que está sobre todos los deberes del ciudadano;

Pasa a la 4ª plana, columna 3ª.

## DIGNA ACTITUD DE UN GRUPO DE MEXICANOS

Cuentan los periódicos que un grupo de cien mexicanos que componían la tripulación de un barco yanqui—el "City of Sidney"—abandonaron el buque al llegar al puerto de Acapulco, porque creyeron indigno trabajar en empresa de los enemigos, a la hora en que éstos nos atropellan porque son fuertes y nos amenazan porque necesitan de nuestras riquezas.

Bravo, valientes muchachos! En vuestras manos iría muy bien la bandera de la Patria! Tenéis corazones que aún no se contaminan con los negros rencores políticos, y sois dignos de representarnos a la hora del sacrificio común, que quizá no ha de tardar!

## DE QUE MANERA PODRIA TRIUNFAR MEXICO EN UNA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

Un distinguido militar sud-americano emite autorizada opinión favorable a los recursos naturales de nuestro país

Un distinguido militar sud-americano emite autorizada opinión que es favorable a los recursos materiales de nuestro país.

Dos días antes de que los americanos ocuparan el puerto de Veracruz, había llegado a esta ciudad un prominente militar de Sur América, que conoce casi todas las Repúblicas del Continente, que ha seguido con atención la historia de nuestro país, y que por haber viajado por los Estados del Norte y del Sur y ahora por los del Centro, puede darse cuenta de las ventajas que ofrece nuestro territorio para sostener una guerra contra el yanqui.

El célebre hombre público, retirado desde hace seis años de la vida tempestuosa, se sirvió concedernos una entrevista y suministrarnos datos de mucha importancia, que publicamos a continuación. Sentimos, eso sí, no dar a conocer el nombre de nuestro grande amigo, porque él no quiere atraer sobre sí las miradas de los adversarios que desde su patria procuran perderlo.

La gran ventaja que ofrece a los mexicanos la conformación de su territorio para defenderse en él contra una invasión norteamericana, es la gran fuerza que hará perdurar la independencia de este país,—comenzó diciéndonos nuestro entrevistado.

### Las sierras serán el baluarte de la libertad

Durante tres años y medio, las guerrillas de Emiliano Zapata se han mantenido en Morelos sin que haya sido posible acabar con ellas. Y es de notarse que los diversos Gobiernos que han existido desde entonces, no han dejado de enviar a aquella comarca fuerzas numerosas, al mando de jefes tan aptos como los Generales Robles y Huerta. Sin embargo, no ha sido posible reducir a los rebeldes morelenses.

Si en una guerra civil sucede esto, puede imaginarse lo que sucedería en una obra de defensa desesperada contra los yanquis.

Pasa a la 3ª plana columna 1ª.

## DESPUES DE LA CONQUISTA DE MEXICO SE HARA LA CONQUISTA DE COLOMBIA

LAS GRANDES RIQUEZAS DE AQUEL PAIS, SU SITUACION EN EL NORTE DEL CONTINENTE MERIDIONAL Y EL HECHO DE POSEER EL ISTMO DE SAN PABLO LO DESTINAN A SER TRAGADO POR EL YANQUI

En ningún pueblo de la América habrá despertado tan viva inquietud el reciente suceso de Veracruz, como en Colombia.

¿Por qué? Porque en aquel vasto y magnífico país cada hombre tiene la conciencia del peligro común. Veamos si los colombianos temen con razón o si son exagerados.

Los Estados Unidos poseen el control, más o menos ostensible de casi toda la América del Centro; los países que aún no controlan, les infunden, a la verdad, bien poco temor.

Son dueños de Panamá, que adquirieron en 1913;

Son dueños de Nicaragua, atropellada recientemente;

Son dueños de Costa Rica, que en su pequeñez mantiene ciertos visos de autonomía, pero que en rigor pertenece a Tío Sam por la United Fruit Co.

Y, por último, han obligado al Presidente Estrada Cabrera a una neutralidad que los pone, prácticamente, en condiciones de no temer a Guatemala.

Restan Honduras y el Salvador, que no constituirían, ni reuniéndose, una fuerza capaz de inquietar a la Casa Blanca.

En cuanto a México, la cosa es distinta; por eso se han esforzado en debilitarlo durante tres años con una revolución, antes de caerle encima.

Si los americanos logran dominar a México (afortunadamente, aquí está el pueblo para impedirlo) descansarían unos cuantos años—cuatro o seis—en su afán de aventuras de conquista, pero enseguida, inevitable y necesariamente, dirigirían sus miradas sobre Colombia.

Este país posee, en los límites con Panamá, la hoya del gran río Atrato, que no solo es de una fertilidad pasmosa, sino que posee las más ricas minas de platino que hay en el mundo. Ahora bien, ya se sabe el asombroso porvenir que se aguarda a este metal más preiado que el oro.

Hay otra circunstancia, y es

Pasa a la 3ª plana columna 2ª.